



QUÉ RICO



—Malas ínsulas te ahoguen— dijo la sobrina—, Sancho maldito. ¿Y qué son ínsulas? Son alguna cosa de comer, golosonazo comilón que tú eres?

El Quijote, II,2

QUÉ RICO

C/ Marqués de Teverga, 4
Oviedo

Literatura al Queso

Eduardo Alonso

Cuadernillo nº 1 de
La insula alimentaria

El queso es un salto de la leche hacia la inmortalidad,
dicen los franceses, que lo aprecian tanto como
los libros y los valores republicanos.

A migos de *La Ínsula Alimentaria*:

¿Qué mundo es este en el que arriba, en la tienda, expuestos a la vista de los viandantes, están los tesoros, y debajo, en la cueva, sus guardianes? Qué tienda es esta de Marisún en que arriba están los quesos selectos, los vinos viejos y el primoroso botamen de delicatessen y *llambionaes*..., y aquí abajo, en el sótano, rodeados de admirables y raros objetos de cocina que Juan Luis ha recogido en medio mundo, desde una sopera de Grand Hotel belga de la *belle époque* a un aldeano canxilón asturianu, estáis vosotros, en torno a la tabla alargada, cofrades de la naciente y académica ínsula alimentaria. QUÉ RICO es una isla tan fabulosa como la que encontraron aquellos marinos que navegando por el albo mar de la Leche arribaron a Quesia, un islote perdido en el Atlántico de unos 4,5 km. de circunferencia. Allí las vides crecían solas y no daban vino, sino leche¹. A diferencia de Utopía, que tenía forma de herradura con un mar interior calmo, la isla de Quesia era blanca y redonda, color y forma que son símbolos de la pureza y de la perfección. La dueña y el consejero de esta tienda insular nos han convocado al bocado sabroso, a degustar quizás el mejor queso de cabra de España —el que hoy nos trae María Orzáez de la sierra de Sevilla— con el mejor vino acompañante, según los entendidos. Hoy es 22 de junio, el día de mayor esplendor verde de Asturias, y son las siete en Canarias. Os doy la bienvenida, pobladores primeros de la ínsula.

Pero, ¿qué pinto yo en todo esto, si no soy experto en quesos? Ni siquiera lo soy en vinos, como se creen hoy todos los españoles, aunque mi abuelo Gildo era vinatero y tenía un almacén con barricas y pellejos empegados cuyo olor nutría y embriagaba. Era vino recio, muy sufrido, de posguerra. Y como tampoco soy un ratón, que son los verdaderos entendidos en quesos, ¿qué hago aquí, cómo me atrevo a dirigiros la palabra? Bueno, algo tengo de viejo ratón de biblioteca, he vivido de las palabras, y tanto como profesor como escritor, las he perseguido, mordido, ratoneado y paladeado. Más aún, a menudo me identifico con *Firmin*, una rata nacida en el sótano de una librería en el Boston de los años 60, que se alimenta de páginas impresas, una rata culta y por lo tanto solitaria².

¹ Luciano de Samosata, *Relatos verídicos*, s. II.

² San Savage, *Firmin*, Seix Barral, 2007

Supongo que Marisún y Juan Luis han tenido en cuenta eso para invitarme a hablar en esta ínsula, porque creen que no basta gozar, arrobarse o llegar incluso al deliquio saboreando manjares, si esas experiencias no se dicen con palabras, y porque mientras peroro, se retrasa la degustación, se os abre el apetito, saliváis: la expectación es parte necesaria de la satisfacción. No es esto lo común en estos tiempos líquidos, en que se valora la oportunidad al paso, la rebaja, el *outlet*, el “compra—usa—tira”, el placer al instante, melón y tajada en mano. Pero la espera de la satisfacción quizás sea una sabiduría que se alcanza con la edad, cuando se pierde entusiasmo y poder. Como decía el poeta, *il faut être toujours en disponibilité*. En fin, estoy seguro de que esta cofradía subterránea, como los quesos en cueva y los vinos en bodega, elaborará buenas experiencias y buena amistad. Yo, pues, estoy aquí de señuelo, para predisponeros al gusto y a la charla. Os serviré, una tabla de palabras queseriles para tensar la expectación y hacer boca, convencido de que no hay experiencia feliz si no se nombra.

—Oye, Manolo, ¿tú quiesme muncho, ho?

—Coño, a ver.

A lo mejor Manolo siente mucho amor, o sea, sus feromonas están desbocadas y al rojo vivo, pero de qué sirven los sentimientos, si no se sirven con palabras adecuadas, al *dente*. ¿Quién emprendería un viaje de placer o de aventura si le prohibieran contarle al regreso? La aventura de buscar la palabra perfecta es un magnífica odisea y la literatura es un engaño —una mentira— que persigue la verdad.

EL QUESO ROMÁNICO

El profesor Mairena, al que yo quisiera imitar, empezaría sus temas escarbando en la etimología de las palabras para que sus alumnos vieran el babélico queso de este mundo. ¡*Ad ovo*, al origen!, veamos la materia prima —la filológica— del queso. Hay dos queserías románicas: la más occidental y, por estar lejos de la metrópoli, la más conservadora, elaboró el *caseus*, cuyas variedades son el *queso* castellano, el *quesu* asturiano (aunque mio güela, que yera de Murias, en la braña allerana, decía *quisu*), y el *queixo* galaico. Los britanos conquistados por César, como estaban también en la periferia, hacían su *cheese*. Pero con el tiempo, el resto de la Romania elaboró *manu militari* el clásico *caseus* en envases, los soldados llevaba a las colonias un *caseus formatus*, o sea, queso en *forma*, moldeado, “formateado”, como atestiguan algunos moldes hallados

en excavaciones de campamentos militares, y del *formaticu* deriva el *fromage* francés, el *formatge* catalán y el *formaggio* italiano.

QUESO DE FÁBULA

El queso ha sido materia de literatura prosaica y popular³. Está presente en acertijos, refranes y fábulas. Redondo como un queso y tiene el rabo tieso: ¿qué es?⁴. No falta el queso en algún cuento popular:

Un barquero tiene que cruzar un río llevando un queso, un ratón y un gato. Pero sólo puede llevar una cosa en cada viaje. Puede hacer todos los viajes que quiera. ¿Cómo puede pasar todo a la otra orilla del río, si no puede dejar solos al gato y al ratón, o al queso y al ratón?

El refranero es una quesera con docenas de refranes que hoy resultan rancios, resecos y poco útiles para la experiencia y el moderno paladar.

Tres Ges tiene el buen queso:
Grande, Graso y Gueso

La poesía es palabra en el tiempo, decía Machado, y el refranero se vale a menudo de un recurso poético, la rima, para conservar una verdad popular: *beso, queso y vino espeso*. Muchos refranes riman queso y beso: *uvas y queso saben a beso*; o *tras el queso, beso*, etc. Muchos refranes tenían una función consoladora, atenuaban una carencia, y en tiempos de escasez era tan difícil hacerse con un queso como degustar unos labios apetecibles y amados. ¿Escasez? En las novelas del XVI y XVII arrieros y pícaros se quejan de las tajaditas de queso, finas como virutas de carpintero, que encuentran en los mesones. Pero, ya digo, en esto de los refranes hoy hay mucho que rapar, y si no díganme si es estimulante este de Puerto Rico (ceñirse al seseo, la letra z suena s): “mujer con bozo, beso sabroso”.

En cuanto a las fábulas, ya conocéis las historias de ratones golosos y cuervos hinchados de vanidad que halagados por el



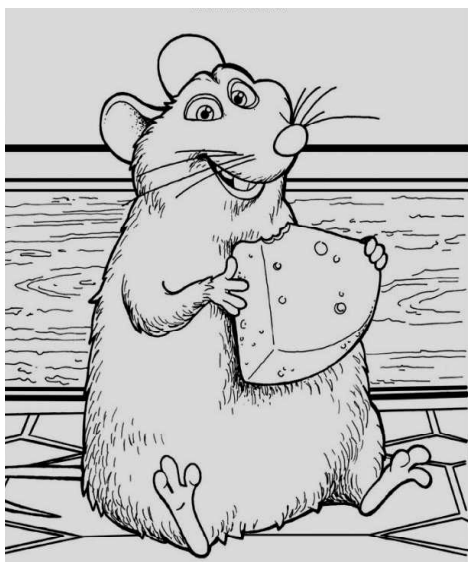
³ En la excelente y entretenida *Antología del paladar español*, Juan Luis Suárez Granda anota 40 referencias al queso. ed. Trea

⁴ La solución la dan gratis en la tienda.

hijoputa del zorro abren el pico y...isueltan el queso! Su moraleja es utilitaria, refuerza el poder de los que lo tienen y convence al pobre de que, como la ratita, a dormir, callar y conformarse. Así ocurre en el fábula de Samaniego en la que

Un Ratón cortesano
convidó con un modo muy urbano
a un Ratón campesino.
Diole gordo tocino,
queso fresco de Holanda...

Pero llega la Dispensera, el ratón campero se asusta, se salva por los pelos..., ah, mejor no vivir en la corte, renegar del queso, no buscar gustos a cambio de sustos. La moraleja del cuervo con el queso premia al astuto y al fullero, al hijoputa del zorro, y castiga al vanidoso, como si la vanidad, tan denostada por el tópico (vanidad de vanidades...) causara menos daño que la fatuidad.



La **RATATOUILLE** es un plato de verduras típico de la Provenza que da nombre a la película de Disney en la que la rata Rémy logra ser un gran chef de París

Las fábulas modernas las acaparó Walt Disney y sus seguidores. Vive Mickey y de su camada es Ratatouille. Hay, sin embargo, películas ratoneras que no son nada fabulosos, sino testimoniales, como *Un cuento americano*, producida por Spielberg en la que un ratón con gorrita azul y un saco rojo a la espalda es un “migrante mojado” que penetra en territorio dominado por los gatos y lucha por sobrevivir y encontrar a su familia.

EL QUESO PLEBEYO

La primera vez que se escribe la palabra queso en castellano fue en un recibo

del año 980, una nómina, diríamos, en la que se paga un queso a un campesino por arar un campo. Y ahí sale la interpretación literaria del queso, alimento plebeyo. No se sabe que las pastoras literarias hicieran queso, ellas eran bellas criaturas provenzales o gallegas de la Ribeira que esperaban al caballero galante y le daban calabazas, o eran pastoras de armas tomar, muy forzudas, como las serranas del marqués de Santillana, que socorrían al montañero, lo llevaban a la cabaña, le daban de cenar y luego le cobraban el portazgo en especie, lidiando cuerpo a cuerpo (ioh!, iah!, iaaaah!...) Pero en ninguna de esas cantilenas medievales, ni en las *glamourosas* y en las burlescas, se habla de queso.

Sin entrar en detalles, el queso se instala como un tesoro antiheroico en la literatura picaresca. Ya no son tiempos míticos, sino cotidianos. Ulises penetra en la mítica cueva del cíclope Polifemo y contempla muchos canastos que se inclinaban bajo el peso de los quesos, “y todos los recipientes rebosaban de suero, colodras y jarros bien contruidos. Entonces mis compañeros me rogaron que nos apoderásemos primero de los quesos y regresáramos”. Lazarillo, en cambio, entra en casa del avaro clérigo de Maqueda y se le cae el alma los pies, pues no ve

ni un tocino colgado, ni un queso puesto en la tabla, ni un canastillo guardado en el armario con los pedazos de pan que sobran de la mesa...

Sancho Panza, Sancho queso, bueno y honrado, fiel y malicioso, Sancho pobre, al que, ayer como hoy, le llueven los palos, sin Dulcineas en la cabeza. Sancho comilón. Don Quijote le dice:

«Come, Sancho, hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»



—Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed.

Y bien que lo hace el escudero. Cuando se encuentra con el criado del duque, los dos, comparten su suerte social y andariega.

“se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, sólo porque olía a queso”.

Cervantes entronizó el queso como sustento de rústicos pastores, manjar del hambriento, viático de caminantes, fiesta y gozo (con una bota de vino) de amistosos encuentros y con ello una filosofía de la vida en el camino. *Vita es peregrinatio*. En las bodas de Camacho Sancho no da crédito a lo que ve: una muralla de quesos, puestos como ladrillos enrejados. ¡Oh sueño del hambriento! Vino, queso y cebolla son el sustento filosófico de Sancho Panza y, por el contrario, indicios de la adversa y decepcionante realidad que asalta a su amo. ¿Y qué tiene su amo en la cabeza: quimeras de amor que vertidas en la celada, mostrando su valor en trance ridículo, pasa lo que pasa.

Tomó la celada don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda prisa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo a Sancho:

—¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza?

POETAS DEL QUESO

Los poetas han guisado versos exquisitos sobre el pan, el vino y las frutas. Pablo Neruda escribió una oda a la alcachofa y al caldillo de congrio, pero no al queso, aunque lo cita en la *Oda a la manzana*, como metáfora redonda y elogiosa: *pan fragante, / queso / de la vegetación*.

Ya dije, la palabra queso es plebeya, y aunque rima con beso y embeleso, voces muy líricas y queridas por los cantantes de boleros, no ha tenido mucha elaboración poética. Un poeta sevillano de hace cinco siglos, Baltasar del Alcázar, cantaba esto:

tres cosas me tienen preso
de amores el corazón,
la bella Inés, el jamón
y berenjenas con queso.

LITERATURA AL CABRALES. Para loas al queso, y no a un queso cualquiera, el soneto que el llanisco Celso Amieva dedicó al cabrales. Elabora el verso con los mismos ingredientes que el divino Rubén, pero el vate modernista degustaba *fromage* y la rubia champaña, aunque no le hacía

ascos al queso frito al estilo nicaragüense que le preparaba su abnegada mujer Francisca Sánchez, una aldeana de Segovia casi analfabeta.

Arrebatado por un sentimiento grandón, asturianín y chovinista, Amieva cantaba así en largos alejandrinos:

¡Salud, queso picón!, el más rico del mundo,
orgullo de Cabrales y del país astur;
por el sabor, divino; por el olor, jocundo...

Si en argénteos pañales ha bautizado Francia
su picañón anémico de nombre Roquefort,
yo por cuatro gusanos hijos de tu sustancia
y en una berza envueltos, doy lo francés mejor.

¿Jocundo el olor del Cabrales, es decir, alegre y agradable? No es esa la opinión del turista, aunque gracias al envasado al vacío ya se atreve a llevarse un trozo como prueba y reliquia de su estancia en Asturias. Menos de acuerdo están con Amieva los gastrónomos del XXI, esos críticos gordos que miran las estrellas de la guía Michelin como los pilotos de las naos que iban a las Indias. Un catalán experto en quesos, Enric Canut, recomienda suavizar el dejo del cabrales para *aggiornarlo* y favorecer su éxito comercial. El mercado no quiere sabores fuertes ni recios regüeldos. Hablaba de quesos, no de la política española, dada al exabrupto, al ardor

vomitivo y al hedor a corrupción urbanística. “*Manca finezza*”: falta finura. El mundo va más por lo suave, suave... El cabrales, hasta hoy, exigía paladares valerosos y sin escrúpulos, pues venía envuelto en la sucia y macabra leyenda de que se curaba tapándolo con *cucho* de vaca, y cuantos más “cocos” tenía, más sabroso era. Aquel cabrales legendario sería para un escritor como Quevedo imagen escatológica de nuestro destino: abonado al polvo, más o menos enamorado, y con el gu-

sano de la conciencia royendo el alma. El cabrales se ha dignificado como aditamento del entrecot; el buscador en internet del Principado documenta nada menos que 60 guisos al cabrales, o sea, que nuestro queso racial y simbólico lo mismo vale para relleno de unas mediasnoches (qué insomnio) que para la salsa de un pixín. ¿No es demasiada versatilidad?



El cabrales tiene un nombre sonoro y significativo, lo que favorece su éxito comercial. Le favorece la morfología: el cabrales, artículo singular (determinado, sólo es de Asturias) y sustantivo plural (para todos, universal), y un lexema que remite a cabra, animal que tiene muy mala fama (“estar como una cabra”, “la cabra tira al monte”), y no digamos su marido, el cabrón (con pintas o sin ellas), pero en cuestión queseril la cabra tiene hoy muy buena prensa gastronómica. Cofrades isleños, lo vais a com/probar enseguida, porque os van a servir queso *Marenostrum*, de cabra sevillana, que debe ser con queso con mucho arte y duende. Comprueben si es verdad lo que dicen los franceses, que el queso es un salto de la leche hacia la inmortalidad. Los franceses aprecian tanto los quesos como los libros y los valores republicanos.

En fin, que la literatura del queso es más bien rústica, plebeya, casera, y la elaborada, que es poca, no llega a semicurada. No hay literatura queseril de etiqueta, al contrario del vino. No hay botella en el híper que no lleve una etiqueta de estilo gongorina, con toda la pedería retórica de los gourmets de metáforas, sinestias y epítetos brillantes: *sabor rojo, gusto aterciopelado, esencias rubíes, color afrutado, retrogusto perfumado, paladeo hondo, olor con tono cereza...*

CASEUS VITAE: **EL QUESO DE LA VIDA**

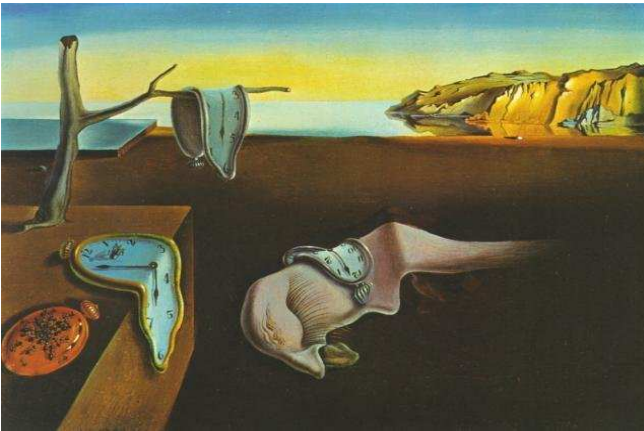
El arte y la literatura fraguan imágenes y símbolos que representan vivencias y enigmas. Seamos valientes: partamos de esta metáfora, que, según se maneja puede ser cómica o poética: la vida es un queso. He dado con mucha satisfacción algunos talleres literarios, pero nunca se me ocurrió proponer a los alumnos este tema: *vita, caesus est*. Pero preveo sus ejercicios. Un alumno, dramático y genial, y por lo mismo, no muy bien de la cabeza —ise creía príncipe de Dinamarca!— se levantaría del pupitre y a la vista de todos, con un queso de bola en la mano —por un instante parecía una calavera— recitaría con voz hamletiana: ser o no ser, ese es el dilema.

No faltaría el alumno chistoso, escatológico y procaz. El llamado quevedo escribiría una sátira sobre una dama con tetitas de queso (o dos quesos de teta), o una sucia dueña cuyos pies (y otra parte de su cuerpo que no nombro por pudor) olían a queso. Calificaría mal el ejercicio, no por el tono y la gracia o el desgarró, sino por la vaguedad: “us pies olían a queso...” ¿Qué queso, chaval? La literatura es detalle, concreción, como las experiencias verdaderas.

Otro chico, romántico y desmejorado como Gustavo Adolfo Bécquer, aunque no sifilitico, suspiraría por un beso de la amada inasequible y me entregaría suspirando una rima que dice :

Por una mirada, un mundo,
por una sonrisa, un cielo,
por un queso, ¿qué daría yo
por un queso?

Pero me interesaría mucho más la redacción de un alumno de buena familia, asmático, drogadicto (estas cosas pasan) y propenso a las asociaciones involuntarias de la memoria. Habría llegado muy de noche a casa, mojado y aterido, y en vez de hundir una magdalena en té, mordisqueó un quesito del Caserío (del caserío me fio) y recobró recuerdos de la niñez. A eso se llama el efecto Proust, porque cada vez que el autor de *A la búsqueda del tiempo perdido* mojaba la magdalena en el té, le venían a la memoria los veraneos de la infancia y la ansiedad de cada noche esperando el beso de su madre.



Quesos blandos
y redondos
inspiraron a
Dalí los relojes
de su cuadro
*La memoria
del Tiempo*

Se cuenta que Dalí tomó una noche queso Camembert tan maduro que se deshacía. Con ese sabor y esa imagen se fue a la cama. Insomne, relacionó unos relojes que quería pintar para el cuadro *La memoria del Tiempo* con quesos redondos y blandos, así que se levantó de la cama y en un paisaje desolado los trazó. El tiempo de la memoria aparece lúdico, mantecoso... El suceso es una muestra de cómo el artista trasmuta un objeto en metáfora; por su redondez el queso es como un reloj, pero de ahí se eleva a símbolo irracional: el queso del tiempo de la memoria.

La vida es un queso, decíamos. Pongamos que el alumno fuera un estudiante de aquella mediocre universidad de Oviedo de finales de los sesenta, de aquella época remota y triste. Había leído con fervor versos desarraigados de Blas de Otero y páginas existencialistas de Sartre. Usaba *trenka*, no tenía perras, ligaba poco en el baile del SEU y buscaba siempre no sé qué. Donde no hay harina, todo es mohína. Escribiría ripios así:

¡Oh viejo queso de mi vida,
que el tiempo tenaz ratona,
y horada,
queso solitario,
gruyère que anidas nada...

Pues el pasado se es ido y acabado..., volvamos al presente. ¡Basta ya de literatura! Primum manducare, luego philosophare. Oiga, ¿y no pueden ser las dos cosas a la vez, como las vacas que rumian? Pero las vacas que rumian, no ríen. Rumiar es también “pensar con reflexión y madurez algo”). En fin, acabemos la perorata con el talante, pacífico y conversador de don Quijote, un buen hombre, y os digo:

*Moradores de la Ínsula Alimentaria:
pues la fortuna nos ha dado tiempo y lugar en esta cueva de **Qué Rico** que tan sabrosos tesoros esconde, no os neguéis la ventura que podáis daros degustando el queso bueno, el vino vivificador y la amigable compañía.*



QUÉ RICO

Marqués de Teverga, 4, Oviedo
☎ 985271721

Cuadernillo nº 1 de

la ínsula

alimentaria